



Natalia Torvisco

Hielo y luz

Juré protegerme de mi mayor enemigo.
Pero rompió mi coraza.

CROSS
BOOKS



Natalia Torvisco

Hielo y Luz

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Natalia Torvisco, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-29810-6
Depósito legal: B. 524-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



GOLSENNIER

Hace 120 años

El fuego estaba vivo. Se retorció sobre sí mismo mientras se abría, como unas enormes fauces, para tragarse a su paso cada casa y cada habitante de Persenne. Recuerdo las sombras que proyectaba su cólera; las figuras de piedra quemadas al sol, vecinos que habían sido arrastrados de sus casas a la claridad del día para después ser destruidos; el rugido enfurecido de las llamas bajo la risa casi diabólica del desconocido hechicero naturista que las enardecía. Gritaba justicia. Justicia por una pérdida de la que ningún habitante de Persenne era culpable, pero sí una gárgola cualquiera, una de las dos especies que habitaban aquel lugar. Para él, todos éramos monstruos.

Alejí la mirada del cristal oscuro, presa del miedo. Mi padre había solicitado a un amigo íntimo que hechizase las ventanas para que la luz del sol no nos afectara, y eso era lo que nos mantenía a salvo por el momento. La única diferencia entre los hogares de los hechiceros y los de las gárgolas era precisamente la existencia de ventanas.

Pero no tardaría mucho en dar con nosotros. El aroma que

desprendíamos era irremediablemente revelador. Mi padre era el único que podía salvarse.

Nos miró a mi madre, a mi hermana y a mí. Clira descansaba su pequeña cabeza en mitad de mi muslo, ajena, con solo dos años, a todo lo que sucedía en el exterior, al peligro que se acercaba como un animal salvaje y hambriento. «Son jóvenes hechiceros jugando —le habíamos dicho—, esos gritos son sus risas.» Hechiceros. Casi me había reído. Ellos ya se habían marchado, nos habían abandonado, a sus vecinos, a sus amigos. Sabían que no teníamos escapatoria, que al salir al sol nos convertiríamos en piedra, que quedarnos nos reduciría a cenizas. Pero, a pesar de todo, se habían ido.

Mi madre se acercó a mi padre y se abrazó a su cuerpo.

—Te quiero —le dijo—. Vete. Vete ya.

Él besó su frente y, después, se dirigió a nosotros. Se arrodilló y puso una mano en mi mejilla y otra en la de Clira. Se llevó a mi hermana a su regazo para abrazarla con fuerza y me habló a mí.

—Golie —susurró—, prométeme una cosa.

Arrugué el ceño.

—Pero el fuego...

—Cuídalas. —Su mano se aferró a mi muñeca, casi con desesperación—. Pase lo que pase. Eres fuerte, y lo serás más. —Me abrazó sin soltar a Clira—. Tienes en tus venas la sangre de tu bisabuelo, y pronto se materializará. Acéptala. Acepta lo que eres, lo que llegarás a ser.

—Ben —lo llamó mi madre—. Ben, se está acercando.

Mi padre me sujetó de la nuca y apoyó su frente contra la mía.

—Prométemelo, hijo.

Clira se echó a llorar.

—S-sí —respondí confuso—. Te lo prometo.

Tenía doce años y mi muerte estaba cerca. No entendía lo que mi padre me hizo prometer, no comprendía sus palabras ni su significado. Pero recogí a mi hermana en brazos y erguí la espalda, dispuesto a plantarle cara a lo que estuviera por venir, dispuesto a cumplir mi promesa hasta el último aliento.

Solo cuando mi padre salió por la puerta y segundos después los ojos de mi madre se abrieron de puro terror pude comprender su petición.

Aquel día, trece familias de gárgolas sobrevivieron. Y todo fue gracias a él.



LARIS

Sus manos envuelven mi boca y tratan de silenciar mis gritos. Yo me agito, como si me fuera la vida en ello, como si mis pulmones se encontraran bajo el agua en pleno mar, incapaces de hallar oxígeno. «Si no me libero —pienso—, moriré.»

Pero no muero.

Sus manos, antes violentas, se convierten en caricias.

Laris...

Las sombras se mueven a mi alrededor, sombras de recuerdos que no logro vislumbrar. Una hechicera y un arghice, ambos sin rostro, bailan ante mí, y después me envuelve una densa capa oscura en suspensión, como el humo sobre una hoguera, que se retuerce sobre sí misma.

Con cada movimiento, la hechicera sin rostro se va difuminando hasta desaparecer antes de que pueda saber de quién se trata; el arghice, sin embargo, va tomando forma. Forma humana. Las manos que me retenían se repliegan hacia el humo y se encuentran con su extraño cuerpo. Rostro, torso, piernas, brazos. Conozco tan bien cada parte de su fisonomía que tiemblo. Pero no es real, es una imagen voluble que apenas logro perfilar, difuminada.

El arghice, Golsennier, se acerca a mí deslizándose por el

aire con la elegancia de un ave rapaz. Es la criatura más poderosa de este mundo, la conjunción del poder de una gárgola y el de un hechicero. Hasta que Golsennier no reveló su naturaleza, el mundo creía extinta esa raza, casi parecían ser puras leyendas. El mundo necesitaba explicar la procedencia de las gárgolas, y la existencia de esos monstruos les daba sentido. Habían sido ellos los que habían robado luz al sol para evitar que su reflejo en la luna afectara a las gárgolas y que pudieran despertar de noche. Y hablaban de su extinción a manos de hechiceros y humanos, que se habían unido para destruir a esos seres tan peligrosos.

No has vuelto a matar.

Sus labios se mueven; su voz resuena en mi cabeza.

—No deberías estar aquí —logro decir con un hilo de voz.

Su sonrisa se extiende como una sombra más oscura.

Ahora solo tú puedes verme, Laris. Se acerca más, su rostro intangible se convierte en un susurro para mis labios. *Dime, ¿acaso temes por mí?*

—No.

Creía que empezábamos a entendernos.

—Nunca te pedí que me protegieras. No has entendido nada.

Tienes la mente en otro lugar. Si sigues así, Leakarden, acabarán por matarte.

—Eso ya no es asunto tuyo.

Una pausa. Su rostro se aleja entre el humo para aparecer difuminado a un metro de distancia.

Siempre será asunto mío.

Siento una lágrima descender, atrevida, por mi mejilla. Quiero decirle que se vaya, que lo odio, que lo mataré con mis propias manos por engañarme, por asesinar a mi padre, por retener a mi madre. Ansío gritar, exigirle una explicación. Pero mis labios y mi cuerpo permanecen en silencio. Algo, un extraño brillo del tamaño de un grano de arena, tintinea entre mis recuerdos y paraliza mis emociones. No permite que sienta nada de lo que quiero sentir, no me deja enfrentar a mi enemigo. Pero por mucho que trato de alcanzar esa razón, esta se encierra bajo una pesada y poderosa coraza. Una coraza que yo no he colocado ahí.

Despierta.

Parpadeo.

Y todo se desvanece.

Me encuentro de nuevo sola en ese sucio callejón de Hullen, sentada con la espalda apoyada contra la pared de ladrillo negro. La paliza que he recibido ha sido dura, y aún noto la sangre caer desde mi ceja izquierda hasta mi barbilla, recorriendo parte de mi ojo y mi pómulo. Pero, al menos, ya no siento ese extraño frío en la nuca ni la electricidad recorriendo los músculos de mi espalda, a la espera de descargar la furia contra mi enemigo. Desconozco el origen de esa sensación, solo sé que despertó tiempo después de que liberaran a mi madre y que tengo que contenerla para no matar. No deseo ser un monstruo, a pesar de que esa desesperación me aliente a convertirme en uno.

Suspiro.

La figura de Golsennier se ha materializado en el momento preciso en el que la gárgola que aún quedaba en pie estaba a punto de asestarme un duro golpe con su garra. Mi sombra se ha convertido en la del lord, expulsando al enemigo en una cobarde y torpe huida. Las otras dos gárgolas se encuentran a un par de metros, tendidas en el suelo, inconscientes. Una de ellas, sin embargo, no durará mucho. Mi daga ha atravesado su arteria femoral y sangra a borbotones.

Han pasado tres meses. Tres meses en los que nada ha cambiado. Arriesgo mi vida cada noche, enfrentándome a infinidad de gárgolas sin importarme siquiera el número que me rodee en cada pelea. Sigo sin saber dónde se encuentra el nuevo líder del tráfico de carne humana, sustituto de Cetrion; sigo sin comprender por qué hace tiempo una gárgola quiso atraparme con vida y por qué un hechicero trató de asesinarme con el pretexto de protegerse.

Sigo sin poder odiar a Golsennier, sin ver ni hablar con Priska. Sigo perdida en un limbo desde que liberaron a mi madre.

Me limpio la sangre con el reverso de la mano y me levanto dolorida, apoyándome en la pared. Los hematomas han comenzado a ser algo corriente en mi piel. Mi madre me pide

que frene mi desesperación, pero ella no lo entiende. Ya no sé distinguir entre la mentira y la verdad.

Mi mente se centra en la matanza de humanos a manos de Cetrion, al que entregaron sin escrúpulos para que se pudriera en Bvohë, el asentamiento de gárgolas donde lo asesinaron. Recuerdo que en el momento en el que hallamos su cuerpo, comprendí una verdad. Recuerdo la sensación de rabia e impotencia por intuir quién había sido el asesino. Y, sin embargo, no logro recuperar ese eslabón de mi memoria. No sé qué me pasa, mi mente se ha nublado, está llena de sensaciones, pero no de los momentos que las provocaron.

Me frote la frente y la dejo caer sobre la pared. Desenvaino con cuidado el puñal de Golsennier, deslizándolo con suavidad por la muslera hasta tenerlo frente a los ojos. La línea oscura que bordea la hoja parece devolverme la mirada con cautela. No sé por qué lo conservo. Solo hallé el valor de lanzarlo más allá del Muro Dorado que protege a los hechiceros que habitan en las lindes de Lissien, mi aldea, y olvidarlo una vez, pero me encontré caminando de madrugada de regreso a sus tierras para recuperarlo.

Esa fue la primera vez, cuarenta y tres días después de la despedida, que el lord se materializó frente a mí como un fantasma, siempre del mismo modo, sus manos tangibles aprisionando mis labios para que no gritase hasta que mi corazón desacelerara, y, después, su voz en mi interior.

«Ten cuidado. Mira siempre a tu espalda».

Desapareció antes de que pudiera responder, dejando tras de mí los cuerpos inconscientes de dos hechiceros que vigilaban sus tierras.

Me sacudo los pantalones y guardo de nuevo el puñal, dispuesta a continuar tirando del hilo mañana. Pero mis recursos se agotan. Los esbirros a los que he logrado vencer no saben nada, siempre hay un superior, una gárgola que los guía, y nunca conocen su nombre.

En Hollerins tampoco me ayudan. Kalya no apoya mi implicación en la lucha contra el tráfico de carne humana. Asegura que varios equipos de asesinas están ya ocupándose de ese asunto y que yo debería mantenerme al margen, así que he

dejado de informarla de mis movimientos. Mientras, ella, Hasstron y la Matriarca se reúnen varias veces por semana, como si estuvieran trabajando en algo. La Matriarca, la reina de los humanos, no se ha dejado ver más que para dirigirse a la población con algún discurso ensayado sobre los distintos acontecimientos, pero ahora casi parece que viva en Hollerins. O eso dicen. Se reúnen a puerta cerrada y aún no he tenido oportunidad de verla.

Salgo del callejón y comienzo a caminar hacia la estación para poner rumbo a mi casa. El cielo esta noche es azul oscuro, casi negro. Los días sin luna son los peores, las gárgolas parecen más fuertes. Cada vez que he salido en luna nueva, he vuelto a casa más golpeada y dolorida.

La estación a estas horas está desierta, y solo pasa una locomotora sin maquinaria ni conductor, guiada únicamente por el viento de un lejano hechicero de raza gris cada dos horas por estas vías. Desde que los humanos comenzaron a ser asesinados, pocos se atreven ya a salir de sus casas. Solo los hechiceros utilizan los medios de transporte, y únicamente por el día, a salvo del peligro que conllevan las noches.

Abrazo mi cuerpo para entrar en calor mientras me acerco a una vieja fuente a lavarme las heridas. Ya no sangro, así que supongo que en esta ocasión no necesitaré sutura. Cuando termino de secarme el rostro con la camiseta, aparece la locomotora por el túnel que atraviesa una de las pocas laderas verdes que hay a las afueras de Hollen. Lo demás es arena y fango.

Entro al vagón y, antes siquiera de poder sentarme, la locomotora reanuda la marcha bruscamente, obligándome a aferrarme a un asiento. La fuerza que ejerzo para no caermela lanza un calambre que me recorre el brazo entero, desde la mano. Por el endemoniado puñetazo. Ver sangrar a una gárgola después de asestarle un golpe es muy satisfactorio, pero las secuelas son un incordio cuando acaba la lucha. Los dedos se me quedan entumecidos, y en alguna ocasión he descubierto, a base de dolor, que uno de ellos estaba roto.

Me llevo la mano al regazo y me dejo caer en un asiento junto a la ventana. El vagón está vacío, a excepción de un anciano solitario, un hechicero que libera un ligero olor a gas; el

avance por los raíles resulta por ello más evidente que durante el día, cuando las voces ocultan el sonido chirriante del hierro oxidado. Hace tiempo que dejaron de restaurar las viejas locomotoras de las ciudades, quizá desde que la guerra con las gárgolas se hizo más evidente. Ahora ya no importan esta clase de cosas, sino las armas y las defensas.

Me acaricio la trenza y comienzo a deshacerla poco a poco, casi de forma automática, continuando con el hilo de mis pensamientos. Armas y defensas. Hace meses creí que el mundo entero se equivocaba, por alguna razón llegué a confiar en que las gárgolas no tenían nada que ver con el tráfico de carne humana, que todo formaba parte de un plan mayor, un propósito que no logro recordar. Pero, a pesar de la extraña sensación de ver mi memoria deshilachada, me encuentro convencida de varias cosas.

En primer lugar, aun siendo culpable de la muerte de mi padre y de la ausencia de mi madre durante tantos años, estoy segura de que Golsennier no tiene nada que ver con ese salvajismo, así como tampoco Kristal, ni Ivoleo. La brutalidad de esas matanzas no es propia del lord, y ninguno de sus dos guerreros apoyarían semejante atrocidad. Si hay un plan mayor, si alguien trabaja mano a mano con el nuevo líder del tráfico, no son ellos.

Por otro lado, la muerte de Cetrion en Bvohë no tiene nada que ver con Jaze, su esposa —viuda—: la noche en la que la conocí, en una de las fábricas de Cetrion, Golsennier mandó sacarme de allí después de liberarme de sus garras. Estoy segura de que empleó su poder para sacarle información y no halló en ella nada de valor, por eso Kristal aseguró más tarde con convicción que Jaze no sabía qué hacía su esposo.

Pero ¿quién demonios ha tomado entonces el papel de Cetrion en el tráfico de carne? Ha tenido que ser alguien de su círculo más próximo. ¿Su mano derecha? Si ya lo traicionó con Jaze, ¿por qué no iba a quedarse también con sus negocios?

Termino de desenredarme el pelo y lo suelto tras una profunda espiración. Libertad.

Entonces, el tren frena de golpe, y mi cara impacta de lleno contra el asiento de delante. Un dolor agudo me estalla en la

nariz antes de que empiece a sangrar. Maldita sea. Cierro y abro los ojos con fuerza mientras trato de cortar la hemorragia con la mano. Sacudo la cabeza.

El tren ha pasado de doscientos kilómetros por hora a cero en diez segundos. De no haber estado el asiento delantero, habría salido disparada contra la pared del vagón. Mi cuello se resiente cuando me levanto, con la daga en una mano y la nariz afianzada entre los dedos de la otra, y salgo al pasillo.

Apenas puede verse con la tenue luz que llega de los pocos faroles del exterior que aún están prendidos, pero consigo apreciar las figuras de tres hombres cuatro vagones más atrás, buscando entre los pocos pasajeros que se van encontrando.

Me dirijo al anciano en silencio, sin perder de vista a los intrusos.

—¿Está bien? —le pregunto en un susurro.

Él asiente. Ser hechicero tiene sus ventajas. De haber sido un humano corriente, el frenazo lo habría dejado inconsciente.

—Vaya hacia la parte delantera del tren, ¿de acuerdo?

Se levanta y obedece sin rechistar. Antes de irse, saca un pañuelo del bolsillo frontal de su camisa y me lo ofrece. Yo lo tomo con agradecimiento y lo coloco sobre mi labio superior. La sangre ha recorrido boca y barbilla hasta caer sobre mi ropa. Por la intensidad del dolor, creo que me he roto la nariz.

Cuando me quedo sola, trato de dejar de lado el daño para concentrarme en lo que está sucediendo. Cierro las puertas del vagón y me subo al hueco de las maletas para esconderme y obtener ventaja. Aguardo, encogida, sin quitarme el pañuelo de la nariz.

No tardan en aparecer.

Un aroma a cítrico y azufre los acompaña, y me irrita los ojos. Gárgolas.

Por un momento, creo que pasarán de largo después de comprobar que no hay nadie en los asientos. Pero el último se detiene antes de atravesar la puerta hacia el siguiente vagón. Es más delgado que los otros dos, pero sus ojos se mueven con más astucia. Me ha olido. Cosa que no debería sorprenderme, teniendo en cuenta que estoy sangrando.

Con una sola palabra suya, los tres se dan la vuelta al unísono. Yo retrocedo hasta que no queda de mí ni una parte visible. Y respiro. Tengo el cuerpo dolorido a causa de la pelea, la nariz no me deja de sangrar y casi no puedo mover el cuello. No estoy en condiciones de enfrentarme a tres gárgolas.

Pídelo.

Me sobresalto. La casi imperceptible sombra que forma mi cuerpo por la luz que se adentra por las ventanas toma vida propia para acercar su cabeza a mi oído, aguardando mi respuesta.

No pienso pedirle ayuda.

Morirás a causa de tu orgullo.

«Eres tú quien pone condiciones para ayudarme —le respondo desde mi interior—. Me dejarás morir si no te pido que me libres de ellos. Yo dejaré que me maten por no pedírtelo. Eres tan orgulloso como yo.»

No suelo ser altruista, y tú me has obligado a serlo en más de una ocasión. Pedirme ayuda una vez compensaría las molestias.

Aprieto más el pañuelo contra la nariz. Con la otra mano, clavo la daga en su cabeza etérea. El movimiento justo para que me descubran.

Una mano me atrapa el tobillo, otra, el brazo. Un segundo después, estoy tirada en el suelo. Teniendo en cuenta que mi defensa consiste en protegerme con los brazos, que siga viva pasados tres segundos solo puede significar una cosa: quieren algo de mí.

—Así que tú eres Laris Leakarden —dice el delgado. El más fuerte se encuentra a mis pies; el otro, el más siniestro, apoyado contra el respaldo de un asiento—. Tenemos un mensajito para ti.

Los tres están cruzados de brazos.

—Un mensaje... —repito. Sonrío con ironía mientras me yergo con esfuerzo hasta sentarme—. Habéis detenido un tren en seco, me habéis roto la nariz, habéis asustado a los pasajeros y me habéis tirado al suelo violentamente para transmitirme un mensajito. —Suelto el pañuelo y me levanto con ayuda del asiento opuesto al ocupado por la gárgola—. Si es una advertencia, podéis tragároslo.

Se miran, entre confusos y divertidos.

—¿Quieres morir? —me pregunta el siniestro.

—Os han ordenado que no me matéis, ¿verdad? —Coloco la cadera sobre el asiento y los miro uno a uno mientras me paso la mano por debajo de la nariz para asegurarme de que ya casi no sangra. Me limpio y entrelazo las manos relajadamente frente a mí—. Veamos, ¿para qué alimaña de las vuestras soy tan valiosa?

El delgado emite un rugido que resulta casi una vibración. Un aviso.

—No venís de parte de vuestro lord... —continúo—. Tampoco del miserable que está traficando con carne humana, o de lo contrario ya estaría inconsciente y amordazada...

—Nos envía Acheron, y quiere que saques tu hocico humano de ese tema.

Abro los ojos con sorpresa. Acheron. La gárgola más noble que he conocido en mi vida, el señor de Calizho. Si tuviera que definir la bondad, lo escogería a él incluso por encima de cualquier humano.

—¿Por qué iba él a...? —pregunto confusa—. ¿Qué tiene que ver con esto?

Los tres se agrupan de nuevo para volver por donde han venido.

—Ya no te ríes tanto —me suelta el más fuerte.

—Acheron no enviaría a unos matones para transmitir ningún mensaje.

Se detienen.

—No, tienes razón —dice el delgado—. Pero las cosas han cambiado desde que el lord se descubrió como arghice frente al mundo.

El siniestro se acerca a mí.

—Por alguna estúpida razón, Acheron quiere protegerte. Si alguien como él te pide que te alejes de ese tema, deberías aceptar su consejo.

—¿Qué sabe?

Comienzan a caminar de nuevo.

—No te metas, humana —me repiten, y se marchan del vagón sin escuchar una palabra más.

Yo cierro los ojos, mareada de repente. Busco a tientas la daga que he clavado en la bandeja de maletas y me dejo caer después sobre el asiento, con ella ya guardada en la muslera.

Suspiro.

—Sabías que no iban a matarme —digo con cansancio, inclinándome hacia mi sombra. Pero Golsennier ya no se encuentra en ella.

Niego con la cabeza. El tren arranca de nuevo, yo me acomodo en el asiento y descanso la cabeza en la ventana. Todo me da vueltas. ¿Qué tiene que ver Aceron con el tráfico de carne humana? ¿Qué implicación puede tener él, el señor de una sencilla aldea alejada de la civilización? Y Golsennier... Si sabía que estas gárgolas no iban a herirme, debe de estar enterado de la relación de Aceron con esas intrigas.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Tengo que visitarlo; tengo que ir a Calizho.

El pensamiento se repite una y otra vez, un eco lejano que me persigue, Aceron, Calizho, Aceron, Calizho. Hasta que siento una mano sobre el hombro.

Abro los ojos y me coloco en posición de defensa. El anciano que se encontraba en mi vagón me tranquiliza y me informa de que el tren ha llegado a la parada F12, la más cercana a Lissien. Me había quedado dormida.

Me levanto con la ayuda del brazo del anciano y, una vez en pie, se despide de mí y se marcha. Quiero decirle que tenga cuidado, que durante la noche ningún sitio es seguro, pero el cansancio me impide hablar, y poco después me encuentro sola en la pequeña estación. Lo primero que hago antes de poner rumbo a mi casa es acercarme al arroyo que se encuentra cerca de las vías. Me inclino y me lavo la cara de nuevo, para intentar desprenderme de toda la sangre antes de presentarme ante mi madre.

Mientras el agua me relaja y me calma el dolor palpitante de la nariz, me doy cuenta de algo: ¿cómo sabía ese anciano que me bajaría aquí?

Levanto la cabeza y lo busco en la oscuridad, pero no lo encuentro, en ninguna dirección. Ha desaparecido.

—El olor a gas... —susurro al viento.

Un hechicero telequinético o de raza negra, ambos capaces de escuchar los pensamientos. Rezo, sin embargo, por que no sea el segundo. De ser así, podría haberme robado o alterado algún recuerdo.

Miro hacia atrás.

Ha debido de tomar el camino hacia el Muro Dorado.

Me yergo de nuevo, tomo el sendero embarrado que va hacia la aldea mientras trato de recolocarme la nariz. El dolor me sacude con fuerza, y suelto un impropio tras otro mientras pego patadas al suelo. Al fin consigo llevar a su sitio el tabique nasal. Lo palpo, aliviada. Al menos no está roto.

Dirijo la mirada al final del sendero, que serpentea hasta alcanzar los pies de la colina, donde descansa Lissien, mi hogar. El hogar de mi niñez. Las luces de mi casa ya están apagadas, a excepción de la suave calidez de la lamparita de aceite del salón. Mi madre está esperándome. Cuando entro, sin embargo, la encuentro dormida en el sofá, con la cabeza descansando en el respaldo y con un libro abierto entre las manos. Se lo retiro y la despierto con suavidad para llevarla a la cama. Ella abre los ojos, confusa, hasta que logra enfocar la vista. Entonces alza la mano para tomarme la mejilla y entreabre los labios. Yo la silencio antes de que pueda preguntar.

—Mañana hablamos.